

ROMANOS 9:10-13, HIJOS DE LA PROMESA, PARTE II.

Introducción

Que una nación haya gozado de grandes privilegios y a pesar de ello haya equivocado el camino y haya sido rebelde al evangelio, no significa que la Palabra de Dios haya fallado, fue lo que nos expuso el apóstol Pablo en los versos anteriores. La promesa de salvación de Dios nunca falla con sus elegidos, porque son solamente los escogidos de Dios, los que realmente son considerados hijos de la promesa. Estos hijos como vimos no nacen por voluntad de carne ni por voluntad de varón sino de Dios. No todos los que aleguen un linaje Israelita pertenecen al pueblo de Dios, no todos los que se dicen cristianos realmente los son, sino solamente aquellos hijos de la promesa, que han sido objeto de un llamado irresistible, porque fueron preordenados para ello, tal como vimos en Rom. 8:28. El apóstol, habiendo dado el ejemplo de Isaac e Ismael en cuanto a la elección divina, ahora extiende su argumento presentando el ejemplo de Jacob y Esaú, para mostrarnos cómo la promesa se extiende a los llamados por Dios de una manera sobrenatural, sin anular su responsabilidad, pero sin depender del hombre para cumplir su propósito. Pensemos entonces en la elección de Dios por los suyos, por los Hijos de la Promesa.

I. ELEGIDOS POR DIOS

Meditemos en primer lugar que estos hijos de la promesa son Elegidos por Dios. Esta declaración por sencilla que sea o por muy familiar que nos sea hoy, es muy importante. Es muy importante porque nos enseña que el Dios soberano es el que elige a los que hace objeto de su favor, de su gracia infinita, de su eterna salvación. A Abraham se le dijo: *“En Isaac te será llamada descendencia”*. Abraham rogó por Ismael, pero la promesa de esa descendencia como las estrellas, de donde vendría la bendición para todas las naciones, no era con Ismael, sino con Isaac. Y cuando Isaac tiene sus hijos, la promesa continúa con uno en especial, no con los dos. Esto no lo determinó Isaac, no lo determinó Rebeca, lo hizo Dios mismo. Vayamos a las Escrituras y consideremos esta historia, Gn. 25:19-26. ¿Cuánto tiempo pasó que Rebeca quedara embarazada?, ¿qué nos dice la Escritura fue la causa de su concepción, el esfuerzo de Isaac y Rebeca para tener hijos?, ¿cuántos hijos hubo en el vientre de Rebeca al mismo tiempo?, ¿quién nació primero, aunque fuera por segundos de diferencia?, ¿por qué el menor serviría al mayor?, ¿qué arrojó la ecografía para determinar el orden de nacimiento?, ¿será que Isaac o Rebeca se pusieron de acuerdo para determinar quién sería el mayor y quien el menor?. En todo esto no podemos ver otra cosa distinta a la soberanía de Dios. Vemos al Dios soberano llevando a cabo sus planes, santos, sabios, e incluso incomprensibles. Jacob como sabemos fue el escogido por Dios para ser beneficiario de su promesa, Rebeca lo supo desde antes que los niños nacieran, y tal vez este fue el motivo por el cual quiso asegurarse que años más tarde, Jacob recibiese la bendición que Isaac quiso dar Esaú su primogénito. Fue Dios quien determinó estas cosas antes que sucedieran, y lo dio a conocer. Pablo nos está mostrando que, aunque Esaú también es descendiente del patriarca Isaac, solo a Jacob Dios escogió y no a Esaú. ¿Pero cuál es la razón de escoger a uno y dejar a otro?, ¿qué fue lo que hicieron?, vamos al segundo punto.

II. NO POR OBRAS

Los hijos de la promesa son escogidos por Dios, no por obras. Volvamos a nuestro texto en Romano 9, leamos nuevamente versos 11-13. ¿Qué hicieron Jacob y Esaú antes de nacer para que

Dios escogiera al uno y dejara al otro?, ¿fue por causa de sus méritos que de alguna manera Dios previó, lo que movió al Señor a dar la promesa que hizo sobre el hijo menor y su pueblo?. En los capítulos anteriores se nos ha demostrado que solo aquellos que fueron escogidos por Dios y llamado en el tiempo todas las cosas colaboran para su bien. No todos los que descienden de Israel son Hijos de la promesa, Dios los conoce desde la eternidad y los ha predestinado para ser sus hijos, objetos de su gracia. Dios dio a conocer su plan de bendecir al hijo menor de Isaac, esto es Jacob, desde antes que naciera, para demostrar que su plan no se basaba en las obras humanas, por lo tanto no dependía de las obras humanas, sino única y exclusivamente de Dios. Hemos dicho que el consejo del Señor permanece para siempre, por todas las generaciones, y que él frustra el consejo de los malos, arruina los planes de los malvados. Pero los planes de Dios no pueden ser trastocados en ninguna manera, y no depende de nada ni de nadie el llevarlo a cabo, simple y sencillamente porque él es soberano. Jacob con esa promesa que Dios le había dado, tenían un llamado a vivir delante del Señor en piedad cada día de su vida, en profundo agradecimiento y confianza en las promesas de Dios, Dios cumpliría lo dicho, su nacimiento fue producto de la respuesta de Dios a la oración de su Padre, así como el nacimiento de su Padre fue producto de la promesa de Dios a su abuelo. ¡Qué gran bendición la que tenía Jacob!, y aunque por un tiempo pareció de todo menos un elegido, luego que Dios trató con él pudo reconocer humildemente ante su Señor: *“menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo”* (Gn.32:10). Esto es lo que dice todo elegido de Dios, que asombrado por la misericordia del Señor, puede cantar: *“sublime gracia del Señor, que un infeliz salvó”*. Jacob y Esaú aunque fueran hijos de un patriarca, eran pecadores, pertenecían a una raza pecadora, y Dios no tenía obligación de salvar a ninguno de ellos. Todos los que estamos aquí somos viles pecadores que necesitan de la gracia de Dios, pero no merecemos absolutamente nada de parte del Santo, Santo, Santo, que tantas veces hemos ofendido. Pero creemos que en Cristo fuimos perdonados de todos nuestros pecados, y ahora le pertenecemos, ahora somos salvos, no por nuestras obras, sino solamente por su soberana gracia que nos escogió desde antes de la fundación del mundo. Cuando decimos que la salvación, que la elección de Dios no se basa en obra alguna que hayamos hecho o podamos hacer, algunos consideran que basta solamente con una mera confesión o identificación con una profesión de fe para tener certeza que se es salvo, que se hace parte del pueblo escogido sin importar como anden, sin importar si sus vidas son transformadas o no por la Palabra de Dios. Pero los que son elegidos por Dios, como ya estudiamos también en romanos 8, son predestinados precisamente para ser hechos conformes a la imagen de nuestro Señor Jesucristo (Rom. 8:29), el suplantador se convirtió en un vencedor, padre de un pueblo que tenía a Dios como su Salvador, su defensor, quien pelearía sus batallas. Pero fue escogido no por obras, sino por el beneplácito de Dios, este es nuestro tercer punto.

III. POR EL BENEPLÁCITO DE DIOS

Dios toma deleite en escoger entre esa gran masa a algunos para hacerlos objeto de su gracia, de su misericordia, y pasa por alto a otros que deja en sus pecados, a los cuales justamente castigará en su tiempo precisamente por sus pecados. La reprobación o eterna condenación se da por causa del pecado en el cual la raza humana cayó desde Adán, pero la elección para vida eterna se da por causa de la gracia soberana que Dios ha querido dar a algunos. Jacob es ejemplo de ello nos está diciendo el apóstol Pablo, y cita al profeta Malaquías, quien, reprendiendo al pueblo del pacto, demuestra cómo Dios determinó hacer a Jacob y su descendencia su pueblo especial lo cual no hizo con Esaú; nos muestra cómo a Jacob le mostró gracia, mientras que a Esaú le mostró

indignación por las maldades de dicho pueblo, leamos Mal. 1:2-4. Jacob y Esaú no eran de una familia diferente, pero el pacto de Dios fue con Jacob, porque así Dios lo quiso, porque en ello encontró deleite, en bendecir a Jacob, aunque éste no lo mereciera. ¿Por qué fuiste llamado a la fe siendo tan pecador?, ¿por qué ahora puedes decir que perteneces a Cristo y que para ti ya no hay condenación?, ¿será porque eres muy bueno?, ¿o porque siempre has procedido con fidelidad?, ¿crees que mereces algo de lo que Dios te ha concedido en Cristo?, absolutamente no. No nos dejemos engañar hermanos, si estamos hoy aquí gozándonos en el Señor, en la Palabra de su Gracia, no es por mérito alguno nuestro, no es por obra alguna nuestra, sino porque Dios quiso agradarse de nosotros, y favorecernos por medio de su Santo Hijo Jesucristo, el mismo por medio del cual Jacob y su pueblo fue favorecido. Definitivamente la promesa no ha fallado, Dios ha bendecido y llenado de privilegios a los suyos, y esto aprovecha a los que en verdad son suyos, a los que él quiso elegir para ser sus hijos, hijos de la promesa, y todo esto, por el puro efecto de su propia voluntad, Ef. 1:5. Dios no se goza en la muerte del impío, sino que con justicia determina la muerte del mismo a causa del pecado; pero toma placer en salvar a sus escogidos por pura gracia por medio de aquel que pagó por sus pecados en la cruz, y los presenta santos y sin mancha ante Dios conforme a su designio eterno.

Conclusión

El propósito de Dios no se basa en las obras de ningún ser humano, sino en su santa, sabia y soberana voluntad. Esta soberana voluntad establece la responsabilidad humana, como veremos más adelante, y por eso es que el pecador dejado en su maldad, será justamente castigado. Pero la gracia de Dios, perdona al pecador que no merece tal favor, y lo hace un hijo de la promesa, que se goza en su Señor y Salvador, que admirado por sus grandes misericordia, se rinde por completo a la voluntad de su Salvador, y espera cada día crecer en esa gracia, en esa piedad, en esa fidelidad a su Señor. ¿Eres tú uno de esos elegidos de Dios?, si crees sinceramente en Cristo como tu Señor y Salvador, puedes estar seguro que así es. Si aún dudas, corre hoy mismo a Cristo, pues él dice: *“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”* (Jn. 6:37). Deposita por entero tu confianza solo en el Salvador, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, no en lo que has hecho o puedas hacer, confía en la obra perfecta de Cristo solamente, esta es la confianza, la fe que viene de Dios, y nos asegura que estamos en la verdad, que fuimos escogidos como hijos de la promesa. Oremos.